

La orquesta

Sergio Villagrán Zapata



Capítulo 1

Habían sido meses difíciles, ya nadie quería a un trompetista de la vieja guardia en sus grupos modernos.

Ya no era requerido para las fiestas y las pocas monedas que me quedaban las gastaba en transporte para moverme entre poblados para ver si en alguno tenía suerte y conseguía que alguien se apiadara de este pobre músico sin suerte. Pero nuevamente la fortuna sonreía a mis espaldas.

Bajé del viejo camión que estacionó en medio de la plaza de un pueblito olvidado. A pesar de ser plena tarde no se veían muchas personas caminando. El ambiente era desolador. Casas que habían perdido la pintura hace años, plantas rastreras y árboles frondosos y descuidados rodeaban aquel lugar.

Hasta el viento se burlaba de mí soltando una leve carcajada mientras acariciaba las ramas de los árboles.

"No me voy hasta mañana, si me esperas te respeto el pasaje" me dijo el chofer. No me negué ¿Cómo podría? Era la mejor oferta que me hacían en años.

Así que resignado me puse a buscar un lugar para ponerme a tocar a ver si podía conseguir unos billetes para pagar una posada o al menos que me alcanzará para estar en un bar toda la noche.

Caminé varios minutos hasta que encontré el lugar más probable dentro de ese pueblucho. El atrio de un templo. Que más que atrio era una plazoleta con una fuente chiquita de cantera.

Parecía que dentro había misa, quizá al salir la "buena fe Cristina" los haría darme más que una mirada de desaire.

Esperé a que dejara de escucharse ruido dentro. No quería interrumpir y molestar a nadie. Una vez que hubo silencio comencé a tocar la trompeta. En el suelo el estuche abierto del instrumento invitaba al público que llegara a escuchar a que brindara su apoyo a este músico fracasado.

Opte por tocar música alegre, de carnaval, danzón y festival, que alegrará el corazón de aquel que no estuviera tan roto. Mi abuelo, quien me enseñó aquella canción, me decía que si era tocada con suficiente amor y talento era capaz de hacer bailar hasta a los pies más cansados "inclusive los que

descansan enterrados en la tierra"

Te fallé abuelo, no pude hacerte bailar una vez más.

Terminé de tocar, ni un alma se pasó por aquellos lares. Vaya decepción, creía haberlo hecho bien. Entonces escuché una moneda caer en el estuche "Muy buena canción y una aún mejor interpretación buen señor" dijo la persona que me complacía con su bondad.

Me agaché y tomé la moneda, no la reconocí, parecía que era antigua, de antes de que se acuñaron las que se usan ahora. Aun así agradecí el cumplido "muchas gracias a usted caballero".

Mientras me levantaba miré al hombre. Era alto, de unos cincuenta y tantos años, de cabello corto bien arreglado con partido en medio, usaba el bigote fino y recortado con puntas hacia ambos lados. Lo que más me llamó la atención era su elegante traje gris con chaleco y sus zapatos limpios y lustrados, algo difícil de conseguir entre aquella terracería.

"Es de su autoría?" Preguntó.

Lo miré confundido.

"La canción" aclaró.

"Algo así, me la heredaron" contesté.

"Pues es muy buena, una lastima que no haya nadie para escucharla" me dijo mirando decepcionado a lo que nos rodeaba.

Pregunté dónde estaban todos, juraba haber escuchado la misa terminar pero no ví a nadie salir.

"Por aquí hace mucho que no se pasea la gente para escuchar música. Verá, anteriormente cada semana el pueblo entero acudía después de misa a disfrutar un concierto dirigido por algún músico ambulante o amateur del pueblo que pasaba por aquí.

Yo mismo tenía una orquesta ambulante, nos movíamos de pueblo en pueblo viviendo y disfrutando de nuestra música. Teníamos de todo, cada músico un maestro en su instrumento" contó el hombre con nostalgia en el rostro. Si lo hubiera inventado era un actor excelente, pues aquella añoranza de tiempo pasado solo es posible por aquellos que lo vivieron o al menos están convencidos de haberlo hecho.

Aquel hombre era la única compañía que tenía en varias semanas, así que decidí continuar con la conversación sobre la supuesta orquesta

preguntando cómo fue que acabó en ese sitio.

"Creo que usted mismo puede darse una idea, la música como la nuestra perdió el sentido con el tiempo, el público dejó de prestar atención, luego de escuchar y finalmente de acudir y aún así, por un tiempo no perdimos los ánimos, nos reunimos a tocar solos en la plaza, esperando que alguien se interesara.

Luego mis músicos comprendieron lo que yo no, jamás volverían, así que uno a uno se fueron yendo, el último me dejó en este pueblo y ya sin ánimos de continuar decidí quedarme aquí a vivir de recuerdos. Escuchando cada tarde instrumentos fantasma que resuenan solamente en mi mente"

Hizo una pausa lúgubre con la mirada vacía. El viento de la tarde volvió a resonar entre los árboles. Nuevamente se burlaban de nuestra suerte, se regocijaban de su permanencia ante nuestro breve paso por su pueblo.

Luego, el hombre, continuó con su idea "No fue hasta ahora que gracias a usted volví a escuchar el dulce sonido de una trompeta" me dijo.

Fijó su atención en el instrumento que sostenía en mis manos. Sonrió con cariño.

"¿Me permitiría tocar algo para usted?" Preguntó con tal emoción e inocencia que mi corazón se hizo añicos.

Acepté y le acerqué el instrumento.

"No soy bueno como usted, pero decían que mi orquesta tenía magia, quizá aún hay un poco de eso en estas viejas manos"

El hombre comenzó a tocar una melodía alucinante, los sonidos rebotaron en el fondo de la plaza y me envolvieron con su encanto. Era igual de alegre que la mía, pero con tintes de una época anterior a la nuestra.

Sin embargo mientras escuchaba mi vista comenzó a nublarse, todo a mi alrededor se pudo oscuro, caí al suelo frente al hombre que continuaba tocando. Antes de perder el conocimiento juro que percibí más instrumentos sumarse a la marcha.

Desperté en la noche profunda, seguía en la plaza, pero no había rastros del hombre. Mire a mi alrededor y aunque no lo podía creer había más árboles que antes, al grado que la plaza parecía estar en medio de un denso bosque de árboles largos, frondosos y de ramas extensas y torcidas. A mis espaldas aún estaba el pequeño templo, del interior

emanaba una luz tenue.

"Vamos estimado músico, aún hay algo que conocer" escuché que me dijo el hombre tras de mí. Esperaba al final de las escaleras del templo. Al cerciorarse que había notado su presencia dió media vuelta y entró.

Sentí miedo al estar solo en medio de aquel oscuro lugar, la soledad afectó mi juicio y me pareció mejor opción seguirlo. Subí las escaleras y temeroso crucé el umbral de la puerta.

Me absorbió una pesada oscuridad. Caminé sin rumbo fijo, supuse que seguía hacia delante pero llegó un momento en que dejé de sentir los pies, me volví liviano, como si hubiera perdido el cuerpo. Ocasionalmente llegaban a mi sonidos aislados de instrumentos. Guitarras, trompetas, violines, percusiones y otros más. Como ecos aprisionados en aquel vacío.

Desconozco cuanto tiempo vagué por ese limbo, pudieron haber sido horas, pudieron haber sido minutos. Todo terminó de manera súbita cuando tropecé con un borde al entrar a aquel lugar.

Mis manos sintieron el frío suelo y desperté inmediatamente del letargo.

Me levanté y alcé la vista. Aquello definitivamente no era una iglesia. Miré atónito el enorme teatro hermosamente decorado con colores rojizos decorado con esculturas blancas a los lados. Estaba repleto de personas, que al observarlas con detenimiento caí en cuenta que se trataban de calaveras.

A los lados se alzaban palcos hermosamente iluminados y adornados sobre los cuales calaveras con trajes y vestidos elegantes me miraban expectantes. Más abajo las calaveras de clases más humildes esperaban en la sombra el momento en que pasara cerca de ellos para observarme.

Un largo pasillo a la mitad dividía las filas de butacas, las cuales al igual que los palcos y las zonas populares estaban llenas de seres espectrales de aspecto ciertamente benevolente. Al fondo de este pasillo se alzaba el escenario donde una gran orquesta de ánimas reposaba. Parecían estatuas, todos en pose sin moverse o dar señales de "vida".

Sentado en el borde del escenario estaba el hombre de la plaza "ven músico, ven que debo preguntarte algo" Me dijo.

Todo era tan ridículo que ya no tenía sentido cuestionarlo, simplemente caminé. Mis pasos resonaron con fuerza en el suelo con un sonido seco que rebotó en las paredes ante el silencio espectral de los demás asistentes. Todos me seguían con la mirada, muertos pero expectantes.

Había adultos y seres pequeños también.

“En qué lugar tan extraño caí” pensé.

El hombre me invitó a subir, ahí pude ver de cerca a la banda, aunque parecían estatuas no lo eran. Pues al pasear entre los espectros me percaté que se movían ligeramente, como si intentarían mantenerse en su lugar o quizá todo lo contrario, se querían mover y algo no se los permitía.

“Todos están esperando” dijo el hombre. Le pregunté qué esperaban. “La pieza final de la orquesta” Contestó. Se levantó y de una mesa sacó un viejo estuche que al abrirlo reveló mi trompeta.

“No te refieres a mi ¿verdad?” pregunté.

“Si no es de usted ¿de quién más? En cuánto te escuché supe que nos faltaba. Toque con nosotros, por favor”

Su manera de hablar hizo que mi piel se erizara, aunque no logré distinguir si de miedo o emoción, lo más seguro es que fue un poco de las dos.

“Algo me dice que no tengo opción” Comenté.

“Una disculpa si le di la impresión de ser algo que no soy, si usted prefiere regresar, no soy nadie para impedirlo. Cruce la puerta y volverá a la plaza y terminará su recital, pero por desgracia y como le expliqué anteriormente, en ese sitio ya no hay nadie que quiera escuchar. Sin embargo mire a su alrededor cientos de almas esperan por verlo tocar”.

Me abrumó la certeza de saber que si accedía a tocar en ese lugar jamás volvería a la plaza.

El terror de saber que quizá me perdería para siempre me hubiera paralizado de no ser porque en ese preciso momento perderse para siempre era el menor de mis problemas y me animó la idea de tocar de nuevo para una audiencia que estaba atenta.

Tomé la trompeta y pensé “¿Qué más da?” valía la pena intentar perderme en el abismo y en la locura de ese lugar que en la soledad y el vacío de la plaza ¿Qué importaba que una de esas opciones no fuera real?

Así que comencé a tocar la canción de mi abuelo y la orquesta se levantó de su sopor para tocar junto conmigo, luego las ánimas del público abandonaron su estado de observación catatónica para bailar y aplaudir con entusiasmo. Aquel teatro se volvió un festival de esqueletos

danzantes y felices.

Me invadió y se apoderó de mí un sentimiento de euforia y frenesí como jamás había sentido. En medio de la catarsis una lágrima de felicidad plena cayó por mi mejilla. Miré al hombre que me había llevado hasta ahí y asentí.

Aquella mañana la plaza quedó en silencio para siempre, mientras en el teatro las ánimas bailaban al son de la orquesta espectral.